

y en apóstoles de la caridad cristiana, en el centro de las batallas. Los magnates y el pueblo los acogían como sus guías, y mientras que en unión de Jacobo Sobieski se aproximaban á los muros de Moscow, marchaban con Zolkiewski contra los turcos, y con Czarneski contra Carlos Gustavo de Suecia. En una de estas invasiones tan frecuentes en semejante guerras, fue sorprendido el P. Andrés Bobola por una partida de cosacos en 16 de mayo de 1657. Estos bárbaros detestaban á todos los Católicos, y especialmente á los Jesuitas; y sabiendo que Bobola disfrutaba de la confianza de los polacos, emplearon con él todo género de martirios. Esta fraternidad de peligros habia establecido entre los Padres del Instituto y los hijos de Polonia una alianza robustecida por el tiempo, y consagrada por el reinado de Sobieski.

Sobieski, hijo de sus obras, lo mismo que la nobleza de su reino tan orgullosa con su austera independencia, habia pasado á ser el héroe de la Polonia. Soldado valiente, general hábil y gran político, poseia además todas las cualidades del corazón y del ánimo: para él solo venia á ser el sable el último esfuerzo de la inteligencia, y madurado su raciocinio por la experiencia que habia adquirido entre los Jesuitas, le suministraba aquella en las Dietas un ascendiente casi soberano. Los polacos le miraban, hacia veinte años, como el escudo de su libertad; porque nacido en 1629, no habia cesado de combatir en defensa y por el honor de su país. En 1672 atravesaron el Danubio Mahomet IV y su visir Caprogli, al frente de ciento cincuenta mil soldados, circuyendo los muros de Kaminick, que era el baluarte de la Polonia; mientras que otros cien mil tártaros, conducidos por su Kan, Selim-Gerai, y una infinidad de hordas de cosacos, secundan sobre el Vístula los movimientos del ejército mahometano. Celoso el rey de Polonia, Miguel Koribut-Wiecnowiecki, de la preponderancia de Sobieski, acababa de poner precio á su cabeza. En vista de tal peligro el Príncipe busca su salvación en la fuga, pero el soldado no desespera ni de su valor, ni de su fe. Hállase bajo su tienda el P. Pazeborowski, su confesor y amigo; opinan el general y el Jesuita que, á vista de esta irrupcion de bárbaros, era necesario que triunfase la Cruz, ó que se viese la Polonia reducida á escombros; y fuerte con este pensamiento, se deja ver á la cabeza de sus tropas el 11 de noviembre de 1673, aniversario de la fiesta de san Martín de Tours, eslavo de nacion. El campo se

hallaba cubierto de nieve; los polacos exigían la victoria ó la muerte; y no queriendo Sobieski, que en unión de Jablonowski y sus Estados mayores habia pasado en oracion una gran parte de la noche, coartar por mas tiempo el impetu heróico de sus guerreros, exclamó: «Soldados de Polonia, vais á combatir por la patria, y Jesucristo combate por vosotros.» Dichas estas palabras, se inclina el ejército bajo la mano del Jesuita, que bendice á la vez á los que están destinados á sucumbir y á los que van á triunfar. Empezó luego la batalla de Choczim. ¡Terrible y desoladora accion! Treinta mil turcos quedaron en el campo, pereciendo un número mayor en las aguas del Dniester. Y cuando el cañon hubo cesado de retumbar sobre aquellas llanuras humeantes de cadáveres, el P. Pazeborowski, que solo habia compartido los riesgos del combate, erigió con sus manos un altar, y «echó su bendicion, dice Mr. de Salvandy, á los soldados de la Cruz, que «postrados sobre sus armas y con los ojos bañados en lágrimas «de júbilo y gratitud, entonaron con él un himno de alabanzas al «Dios que prescribe la paz á los hombres, y á quien invocan los «ejércitos¹.»

El mismo dia en que inauguraba Sobieski su futura majestad por medio de esta victoria que coronaba tantas otras, falleció el rey Miguel Koribut; y cuando, en la dieta electoral se interrogaban todos mutuamente sobre el sugeto á quien deberia adjudicarse la corona: «Al hombre que con tal bizarría os ha defendido, exclamó Jablonowski, hermano de armas y émulo del vencedor de Choczim. — ¡Viva Sobieski! dijo una voz unánime. «¡Que reine sobre nosotros!» Luego que Sobieski empuñó el cetro, después de obligar con sus victorias y sagacidad diplomática á los turcos á firmar un tratado de paz indefinible, solo pensó en hacer florecer en su imperio la Religion y las bellas letras. Los Jesuitas, que tan poderosamente le habian secundado, hallaron en la reina de Polonia María de Arquien una ilustrada protectora, siendo al mismo tiempo los consejeros del Soberano: el P. Vota vino á aumentar aun el prestigio de la Compañía.

Este Jesuita habia recibido del Papa la mision de abrir en Rusia algunas negociaciones relativas á la reunion de los griegos con la Iglesia latina; pero no habiendo sido mas afortunado en su tentativa que el P. Possevino, se dirigió á Varsovia, donde no tardó

¹ *Historia de Polonia bajo el reinado de Sobieski*, tomo II, pág. 144.

en ganarse la confianza de Sobieski, como antes se la habian otorgado el emperador Leopoldo y el sumo Pontífice. Complaciase este Monarca en escuchar á los sugetos instruidos, y le gustaba en especial verse rodeado de Jesuitas. La conversacion del P. Vota, á la que tanto realce daba el brillo de su erudicion y de sus talentos, sus variados conocimientos en filosofía, elocuencia, poesía, pintura y música, y su inteligencia respecto á los hombres y negocios, inspiraron al Rey tan vivo deseo de tener á su lado un religioso que podia prestar tantos servicios á la Polonia, que no paró hasta ver á este Padre reemplazar á su lado en su intimidad al P. Pazeborowski que ya no existía. Asi transcurrieron algunos años, pasando á ser el Jesuita su confesor, y por decirlo asi su principal ministro, hasta que en 1683 se vió amenazada la Alemania de una nueva invasion por parte de los turcos, quienes, transformados por la sagaz política de Luis XIV en auxiliares útiles contra la casa de Austria, se disponian á conducir la guerra al seno del imperio germánico.

La gloria de Sobieski resonaba por todos los ángulos de la Europa. El gran Rey en el apogeo de su pujanza solicitaba la alianza de este soldado elegido monarca por sus Pares, y á quien habia contado en otro tiempo en el número de sus mosqueteros. El emperador Leopoldo, por otro lado, tambien apelaba al valor y á los intereses de la Polonia. El papa Inocencio X escribió á Sobieski, manifestándole que prescindiendo de la política humana y las negociaciones, habia una cuestion superior á todas las demás: esta era el honor y porvenir de la cristiandad, que iban á comprometer los ejércitos musulmanes. Los embajadores de Luis XIV, que se ostentaban insinuantes y orgullosos del esplendor de su patria, se opusieron á este principio que vivificaba las fuerzas alemanas; pero ignoraban que tenian un competidor cerca del Rey. El Padre Vota, natural del Piamonte, era súbdito de un príncipe enlazado con la casa de Austria. Polaco por adopcion, se creia obligado á dar al Rey el consejo mas útil para el bien de la Polonia y del catolicismo. La Francia, separada de este Estado por medio de otros reinos, no era mas que una aliada inútil, al paso que los emperadores sus vecinos podian socorrerle con eficacia, ya fuese contra los turcos, ó ya contra los rusos. El Jesuita hizo valer estas razones cerca de Sobieski, recordando quizás á su alma ulcerada el orgullo intempestivo de Luis XIV, y el insulto que

la corte de Versalles hiciera á la reina María de Arquien, la cual por haber nacido en Francia jamás pudo obtener los honores debidos á la majestad real.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Vota fijó las ir-resoluciones de Sobieski; quien ingresando en la Liga de Ausburgo, salvó el imperio germánico por medio de una victoria obtenida en 13 de setiembre de 1683: como se lo habia participado al Papa, no hizo mas que llegar, ver y vencer. Salvada ya la capital de Austria, pudo el P. Vota aplicar á su real penitente las palabras del Evangelio, con las cuales se habia saludado el triunfo de Huniades y el de D. Juan de Austria: *Fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes. Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan*, exclamó el Jesuita en la basílica de San Esteban. La Italia y Alemania repitieron el mismo elogio, siendo el emperador Leopoldo el único que lo pronunció únicamente con los labios. Su trono acababa de ser consolidado por Sobieski, y Leopoldo pagó semejante deuda con una orgullosa ingratitud¹. La victoria conseguida bajo los muros de Viena habia salvado el imperio, y aplazaba los ambiciosos proyectos de Luis XIV. Los escritores franceses no han perdonado á Vota la determinacion que hizo tomar al soberano de Polonia. El abate Coyer, autor de una *Historia de Sobieski*, y Faucher, que escribió la *Vida del cardenal de Polignac*, le acusan de haberse opuesto á los intereses de su patria. Esta patria, que tambien lo es nuestra, no lo era del Jesuita, que, al distraer al rey de Polonia de una alianza con Luis XIV, realizaba un acto de patriotismo, y servia al mismo tiempo la causa de la religion católica. Por lo tanto, ni merece la acriminacion que se le dirige, y aunque hijo de Francia, no estamos en el caso de creer que debemos aceptar esta injusticia.

Para formar el debido concepto de un hombre es preciso verle en lontananza, porque aun los mismos héroes necesitan ese intervalo entre la existencia y la gloria, que jamás se resuelven á otorgar las pasiones contemporáneas. Sobieski era ante todo un

¹ Mostróse tan frio y desdenoso Leopoldo con el gran capitan después de la batalla de Viena, que al despedirse de él este último, no pudo menos de decirle: «Alégrome mucho, hermano mio, de haberos prestado este pequeño «servicio.» Un chiste fue la única venganza que tomó el Rey de Polonia de la frialdad de un príncipe que no habia sabido defender su corona, y que ni aun se atrevia á tributar el honor debido á su libertador.

monarca guerrero, y por lo tanto debia complacer á un pueblo militar. Quejábase la Polonia de verse arruinada por sus victorias. El Monarca tenia dos hijos, Jaime y Constantino; pero por una de esas debilidades, cuyo secreto solo puede descifrar un corazón de padre, dispensaba al menor todos los testimonios de su afecto. Jaime habia sido formado por él en el manejo de las armas: dotado de un carácter violento y ambicioso, aspiraba á continuar en Polonia la raza de los Jagellones, y persuadido de que si Sobieski llegaba á conservar el cetro en su familia, este no podría menos de ser la herencia de su hermano menor, trató desde luego de crearse un partido. Ya empezaba á estallar la discordia entre el padre y el hijo: el primero hablaba de maldecir, el segundo de emigrar al extranjero y de fomentar quizás las disensiones civiles. El Jesuita, entre tanto, que venia á ser el confidente de las angustias paternas, y que leia en aquella alma desgarrada por tantos sinsabores, proyectando calmar la irreflexiva cólera de Jaime, corre á su encuentro, le hace conocer la injusticia de sus recelos, y le hace comprender el poco fundamento de sus sospechas contra un hermano, á quien su corta edad daba un derecho para ser el objeto de las caricias del Rey. Resistióse Jaime por largo tiempo á las insinuaciones de Vota; pero vencido al fin por sus ruegos, no solo se dejó conducir al lado del ejército que mandaba su padre, sino que se arrodilló ante el Monarca, é imploró un perdon que no tardó en serle otorgado de lo profundo del corazón de aquel desgraciado veterano. Al dia siguiente, colocado ya el héroe entre sus dos hijos, principió la campaña con una victoria.

Los polacos, á pesar de su sed insaciable de combates, empezaban ya á cansarse de un príncipe cuyo único elemento era la guerra. Echábanle en cara con amargura las faltas políticas de su reinado, aspirando á recobrar una independencia que les parecia hallarse siempre comprometida por la firmeza de carácter de Sobieski; y degeneraron poco á poco en odio tal estas prevenciones, que emponzoñaron su existencia. El Monarca desahogaba sus pesares en el seno del Jesuita: sentíase herido en lo profundo del alma este guerrero, á quien no habian podido aterrar los mayores peligros, y que habia tenido en su mano los destinos del mundo. Se desolaba al observar que sus proezas no habian sido suficientes á comunicar á su nombre un prestigio popular;

veia escaparse á las sienes de sus hijos la corona de Polonia; veíase morir sin esperanza; y asaltado por las crueles previsiones de la muerte, lanzaba una mirada pavorosa y última sobre el porvenir de aquella nacion elevada por él al emporio de la grandeza. Por último, llegado el dia 17 de junio de 1696, que por una rara coincidencia era el mismo en que habia venido al mundo, y en el que habia sido elegido rey, comprendiendo Sobieski que se aproximaba su ocaso, depositó en el seno de Vota y del abate de Polignac, discípulo de los Jesuitas y embajador de Francia en Varsovia, sus últimas confianzas, que dulcificaron tan completamente el terrible paso del trono á la eternidad, que cuando, después de un ataque apoplético, llegó á recobrar sus sentidos, «¡Qué bien me encontraba!» dijo. Este profundo pesar de hallarse aun con vida, expresado con tal laconismo en los brazos de la muerte, era una acriminacion contra la Polonia, al par que un estímulo para el Jesuita. Vota oró de nuevo con el Monarca, que exhaló su último aliento á la edad de sesenta y seis años, «aceptando, dice el historiador Zaluski, el sacrificio de la muerte con mayor júbilo que habia aceptado veinte y tres años antes el de su advenimiento al trono. Para ceñirse la corona fuele preciso combatir durante cuarenta y ocho horas: en este momento no solo no tenia que luchar, sino que sin quejarse dejó la corona y la vida para trocarlas con otras mas duraderas, como piadosamente debe creerse.»

Mientras que en el Norte y Mediodia de Europa obtenian los Jesuitas sobre Luis XIV y Sobieski un ascendiente religioso, que, por la fuerza misma de las cosas, debia resaltar sobre la política, se dejaban ver en su apogeo en la misma Inglaterra, haciéndose sentir su accion en el palacio de White-Hall, y sufriendo allí como en todas partes el rechazo de las prevenciones, odios y entusiasmos irrellexivos.

Fraccionábase cada vez mas la república de los Santos. Oliverio Cromwell habia fallecido rey de hecho, legando á su hijo Ricardo un poder cimentado por el crimen, la gloria y una sabia administracion; pero convencido este heredero del antiguo Noll, de que para continuar la dictadura de su padre, disfrazada bajo el título ambiciosamente modesto de Protector, le era indispensable asociarse á las crueldades de los Independientes y Presbiterianos contra los Católicos, resignándose á ser su jefe ó su es-

clavo; y no creyendo que la djadema de la Gran Bretaña pudiese valer el sacrificio de su reposo y probidad, renunció desde luego á la gloriosa aunque sangrienta sucesion que le legaba Cromwell, y desde el fondo de su oscuridad dejó pasar los acontecimientos. Juzgando entre tanto el general Monk, uno de los soldados mas entusiastas de la Independencia, que los excesos del puritanismo arrastrarian en pos de sí la ruina de Inglaterra, resolvió ponerlos un término. El furor con que los promotores mas desinteresados de la República se disputaban el poder, un malestar universal y una consuncion de la autoridad, que solo viene á consecuencia de la corrupcion legislativa ó del desprecio del pueblo, le hicieron transigir á la cabeza de los ejércitos con la majestad proscrita, y el 8 de junio de 1660 fue llamado al trono Carlos II, hijo del infortunado Carlos I, por aquella misma nacion que menos de once años antes habia cargado con la responsabilidad de un regicidio.

Carlos II fue uno de aquellos soberanos á quienes la desgracia conduce por la mano al escepticismo político. Habia tenido tiempo de sobra en las cortes extranjeras para meditar sobre la posicion reservada á los príncipes desterrados, y sabia hasta la evidencia que para nada se cuenta con ellos, y que nada se intenta en favor suyo. Considéraselos como el precio de un mercado, ó pasan á ser las víctimas de los terrores diplomáticos. Su ardor caballeresco en la jornada de Worcester, la Odisea de infortunios que sufrió después de esta batalla, los riesgos personales que habia corrido bajo Montrose, el La-Rochejaquelein de los clans escoceses, y las cobardes defecciones del principio monárquico cometidas por los reyes ó sus ministros, todo esto junto habia dado á aquel talento superficial cierta madurez de egoismo, cuyos cálculos, una vez elevado al trono, nada fue capaz de desbaratar. Voluptuoso y sumido en la indolencia, solo vió en su restauracion un medio de desquitarse con los placeres de las amarguras de su destierro. Indiferente á todos los cultos, no se atrevió sin embargo á dar á los Católicos justo motivo de acusarle de injusticia ó ingratitud. Érale conocida la fidelidad que habian guardado á su padre, y que jamás se habia desmentido, y por lo tanto firmó en Breda una declaracion de libertad de conciencia, que les prometia dias mas venturosos. El pueblo inglés acogió con transportes de júbilo al Monarca, á quien tan-

tas veces habia maldecido en sus clubs y perseguido en los campamentos; y cuando este opinó calmados los ruidosos ecos de la embriaguez pública, decidido á sostener su palabra, trató de mitigar las leyes penales, cuyo rigor pesaba sobre los Católicos.

Reuniéronse estos en Arundel House, en el mes de junio de 1661, y presentaron en la cámara de los Lores una peticion, que tendia á hacer abolir los decretos sanguinarios, las medidas excepcionales, y los firmanes de persecucion y secuestro de que habian sido objeto desde el reinado de Enrique VIII. Iba ya á ser aceptado este bill, á pesar del encarnizamiento de Clarendon, cási por unanimidad, cuando se levanta un miembro del Parlamento, y propone: «Que ningun Jesuita sea reputado apto para disfrutar del beneficio del acto proyectado.» Esta exclusion, llena de sagacidad calvinista, era un ultraje á la igualdad, y una leccion para los Católicos. Unos rechazaron con energía toda medida infamatoria; otros imaginaron que los discipulos de Loyola debian renunciar á su Instituto, dando á la par una prueba de abnegacion. Los herejes acababan de arrojar la tea de la discordia en el campo de los Católicos. Hubo algunos que hasta se persuadieron de que la proscripcion de la Sociedad de Jesús seria una salvaguardia para ellos. El anglicanismo solo se mostraba hostil con la Compañía, y por lo mismo querian ofrecérsela en holocausto; diciendo unos que la Iglesia podia existir muy bien sin los Jesuitas; y otros que eran perjudiciales por su impopularidad con los Protestantes. Sin embargo, el mayor número miraba la cuestion bajo distinto aspecto, exigiendo que se uniese el partido, y que puesto que habian padecido juntos, opinaban que se debia tambien vencer ó sucumbir juntos. El sacrificio de los Jesuitas haria al anglicanismo cada vez mas exigente, y después de haber obtenido una primera victoria debida á la cobardía, no era de esperar que se contentase con una sola exclusion parlamentaria. Dejando sentar el principio de proscripcion, no solo se resignaban los Católicos á aceptar sus consecuencias, sino que una vez diezmados, estas no ofrecerian obstáculo alguno en su aplicacion. El anglicanismo acariciaba á la sazón á los Católicos, con el objeto de debilitar su influjo; pero ¿no debian temer verse perseguidos, sin que les fuese dado buscar en el apoyo del clero secular las luces y el vigor de que tendrian necesidad en los dias del peligro? Desertar la causa de los Jesuitas por timidez ó por cálculo, ¿no era por ven-

tura sinónimo de volver á allanar el camino de las iniquidades, de restringir la libertad de conciencia, y suministrar á los sectarios un argumento de que se sabrian servir en la oportunidad? La existencia de la Sociedad de Jesús no estaba, sin duda, tan íntimamente enlazada con la de la Iglesia, que la muerte de la una debiese por precision arrastrar la ruina de la otra; pero los católicos ingleses pretendian que la dificultad no versaba sobre este punto. Se trataba para ellos de existir ó no existir, de poder educar sus hijos con arreglo á sus deseos, ó de doblar la cerviz bajo el yugo protestante. Ambas opiniones tuvieron sus partidarios y defensores. Inauguróse una contienda civil de folletos y controversias: cambióse en foro el comité de Arundel House. Como los Católicos no habian sabido ponerse de acuerdo, el Parlamento se apercibió de esta division que él mismo habia provocado. Difirióse indefinidamente el bill de libertad religiosa, que hicieron imposible nuevos sucesos.

Las cuestiones políticas, aun las mas importantes, llegan á borrarse con el tiempo; mueren ó se transforman bajo nuevas ambiciones. Mas no sucede otro tanto con las cuestiones religiosas: estas tocan en lo mas vivo y en la esencia de la sociedad, pueden dormitar y aletargarse si es preciso en los dias de calma ó de inercia; pero cuando suena la hora de los disturbios mentales, precursores de los tumultos populares, vuelven á presentarse siempre jóvenes y llenas siempre de vigor. La cuestion del ultramontanismo, ventilada tantas veces por Belarmino y Bossuet, por la Iglesia galicana y los doctores de Roma, aparece en tiempos dados en el palenque de la discusion al modo de un ariete destinado á abrir brecha en los muros del catolicismo. Pero la prudencia de los sumos Pontífices y los mismos acontecimientos han inutilizado esta arma. La Iglesia romana ha realizado lo que no habian sabido hacer los teólogos mas eruditos y los legistas mas sabiamente mordaces, con solo dejar caer en desuso un poder moral, que jamás pasó á ejercer, sin que se hallase de por medio el interés de los pueblos. Nunca fueron los Papas los que pusieron en conmocion los tronos de los soberanos; esta operacion ha sido siempre exclusiva de las ideas revolucionarias. Cuando, en un espacio de doce años, vemos á la república francesa y á Bonaparte seguir por dos veces el ejemplo del condestable de Borbon y de Carlos V; cuando vemos que Pio VI muere en un destierro,

y cuando observamos á su sucesor arrancado de Roma por los gendarmes, creemos del todo inútil entablar un debate, que la violencia por un lado, y la sagacidad y la mala fe por otro, han cortado para siempre.

En el siglo de Luis XIV y Carlos II, no se discutia ya sobre los hechos sino sobre las palabras. El poder espiritual y temporal se hallaba mejor definido y puesto mas en claro. Los Jesuitas que, así en Inglaterra como en Italia y Francia, se hacian cargo de las doctrinas que las nuevas necesidades de la Sociedad consagraban, no solo no agitaron esta cuestion, sino que, como dice Lingard, nada sospechoso por cierto de parcialidad en favor suyo¹, «Clarendon es inexacto esta vez, como de costumbre. Los Jesuitas fueron realmente excluidos de los beneficios del acta; y «en sus razones, publicadas por ellos en esta misma época, proclaman que desde el año de 1618, todos los miembros del Instituto se hallan obligados por orden de su General, y bajo pena «de censura, á no enseñar la doctrina de que se trata en este lugar, ya sea de palabra ó ya por escrito.» La asercion de Lingard se halla corroborada por los historiadores contemporáneos.

Los discípulos de Loyola no suministraban pretexto alguno á la persecucion: es cierto que los habia dispersado el huracan revolucionario; pero conservan en sí mismos un principio tan tenaz, y saben hace ya tanto tiempo que la primera condicion de su existencia es la lucha; que la restauracion de la monarquía los encontró mas robustos que antes. Desde el momento en que Carlos II puso el pié en el trono, se entregaron á los trabajos de su ministerio y de la educacion, sin ocuparse de las querellas que con motivo suyo fraccionaban á los católicos ingleses; premeditando que en presencia de una revolucion apenas vencida no les restaba mas que tomar un partido, el de la prudencia, trataron de contemporizar; y sin embargo existian demasiados gérmenes de discordia en los ánimos, para que esta sagacidad se sustrajese á la calumnia. En 1665 hizo la peste horrosos estragos en Londres, estallando al año siguiente un inmenso incendio que redujo á cenizas muchos barrios de la ciudad: la ruina acarreó la desesperacion, y aprovechándose el anglicanismo de este doble azote, inculpó á los Católicos, y especialmente á los Jesuitas, señalándolos á la multitud exasperada como los autores de

¹ *Historia de Inglaterra*, por el Dr. Lingard, tomo XII.